

ALGUNOS ASPECTOS DE LA MENTALIDAD POPULAR VASCA

Por JUAN THALAMAS LABANDIBAR

Son múltiples los aspectos que ofrece y abarca la mentalidad del hombre en su forma popular. Cabe decir de esa mentalidad que es la más compleja y exuberante, por lo mismo que, al margen de toda abstracción, pretende identificarse con la totalidad del ámbito cósmico y social, y ello de un modo directo, es decir, emotiva y afectivamente.

Las representaciones de esa mentalidad no van más allá del nivel de nuestras imágenes, y éstas, no pocas veces, se presentan bastante indeterminadas, debido precisamente a su exceso de carga emotiva y a su valor enormemente simbólico.

La mentalidad popular vasca, con sus características propias, no es algo exclusivo de nuestro pueblo, sino una manera de particularizar una forma mental que ha pertenecido y pertenece todavía al conjunto del mundo eurasiático. Es la razón por la cual hemos encajado los datos que pertenecen a esa mentalidad euskara en el marco de una civilización derivada de una modalidad existencial centrada en la vida agrícola, modalidad que se está desdibujando en nuestros días ante la presión creciente y ya decisiva de la era industrial.

Obedeciendo a ese intento, hemos recurrido a las enseñanzas de autoridades de primera fila, tanto para adquirir los datos que interesan a las viejas creencias del pueblo vasco, como para hallar una explicación bastante satisfactoria de ellas en el plano de lo universal. Y es que en todos los órdenes, al decir del gran Bossuet, hay que sujetar bien los dos extremos de una cuerda o de una cadena. Es lo que nos hemos propuesto al ofrecer los siguientes apuntes a nuestros benévolo lectores.

1. Cumbres sagradas

Contrariamente a lo que hoy sabemos acerca del universo, a saber, su complejidad desconcertante y sus dimensiones fantásticas e in-

calculables, el hombre del pasado abrigó una visión muy simple y limitada del mundo creado. Esa visión era sencillamente vertical y comprendía tres órdenes: la esfera superior del firmamento, residencia de los dioses inmortales; las zonas abisales del centro de la tierra, lugar tenebroso de las almas-sombras, y la superficie de la tierra, donde los seres vivientes se mueven sometidos a la dura lucha por la vida. Se creía que en un tiempo primordial esos tres órdenes cósmicos constituían una unidad completa, cuya armonía fue quebrada por una falta de carácter ritual.

El Hades de los griegos, el Sheol de los judíos y el Averno de los romanos correspondían al mundo inferior de las almas de los antepasados. Ciertos seres, como Pitágoras y Hércules, tuvieron el privilegio de acceder, en vida, a ese lugar para comunicarse con las sombras que sufren de la carencia de luz solar. Los romanos creían que los dioses lares salían tres veces al año a gozar de nuestro ambiente diurno que es donde sólo puede haber vida y alegría. La porción de terreno que en Roma pertenecía a los lares llevaba el nombre de «mundus», y equivalía a la fosa circular que Rómulo abrió en el Palatino y en la cual depositó el terrón de tierra que trajo de Alba. Ese lugar llegó a constituir el punto más sagrado de la Urbe, ya que junto a él se erigieron el altar de los dioses protectores de la ciudad y el templo de Vesta. Por otra parte, el «mundus» dio nacimiento a la idea de patria en cuanto «terra patrum». Respecto al origen de esa palabra, algunos creen que es etrusca, mientras que otros la suponen ligur.

En las consejas de nuestro país son muchos los lugares que se cree se hallan en comunicación con el orden inferior de las almas de los difuntos. Se trata de simas o simples orificios a los que se atribuyen unas dimensiones mucho mayores que las que poseen en realidad. Entre muchas otras, Barandiarán señala la sima de Amunda por donde, al decir de la gente, circulan duendes, lamias y otros genios subterráneos. También existen cavernas — algunas de ellas dedicadas a Mari, vieja divinidad telúrica —, donde era factible adquirir cierta ciencia infernal, cual le aconteció al gran Axular, no sin pasarlo bastante mal al tener que evadirse fuera del antro tenebroso.

En cuanto al mundo superior, el de los dioses inmortales, la manera más directa de relacionarse con ellos ha sido el ascender a ciertas cumbres sagradas, verdaderas montañas cósmicas, que venían a ser otros tantos puntales sobre los cuales descansaba la bóveda celeste. El Olimpo para los griegos, el monte Meru para los hindúes, el Atlas para muchos pueblos africanos, eran auténticos lugares de elección, donde la voluntad de los dioses se expresaba en la transmisión de normas de con-

ducta no exentas de eficacia social. En la cumbre del monte Iuktas, Zeus dio a conocer las leyes por las cuales se gobernaba el pueblo cretense en la época minoica. Moisés tuvo que ascender al Horeb, en el Sinaí, para adquirir el conocimiento de las Tablas de la Ley, cuya práctica interesa a todo hombre que viene a este mundo.

Para los antiguos galos, la cumbre de Puy de Dôme era la residencia de Teutates, antes de que los romanos colocaran en ese lugar el templo y la estatua de Mercurio, protector de las colonias galorromanas. En el ambiente celtibérico, una de las cumbres sagradas era el Moncayo (Mons Caius), mientras que para los vascones, a no dudarlo, el emplazamiento actual de San Miguel de Aralar tenía la misma significación. La importancia de las obras arquitectónicas efectuadas en ese lugar desde los tiempos medievales, así como la persistencia de ciertas prácticas de carácter gentilico, demuestran la continuidad de dos tipos de religiosidad muy distinta.

Lo mismo cabe decir del Aitzgorri en lo que a las tribus de Vardulia se refiere. La presencia de la ermita de la Santa Cruz en lo más encumbrado y abrupto de la sierra, nos da a entender que las viejas creencias fueron rebasadas por otras inspiradas en Jaungoikoa, cuyos beneficios se imploran cada año por mediación de un religioso de Aránzazu que, desde el Aloña, dirige preces en favor de los campos, rebaños y todos los moradores de los contornos.

En la región de Zuberoa, cerca de Tardets, se halla la ermita de la Magdalena en la cima de un monte que fue el emplazamiento de un lugar pagano dedicado a Herrauskoritse, divinidad que, al decir del Padre Lhande, coincidía con el genio de la montaña que hoy todavía lleva el nombre de Herrauski. Sabemos por Sacaze que en todo el Pirineo gran número de genios, números y dioses tenían ese carácter local o tópico.

La sustitución de lo gentil o pagano por los misterios cristianos se efectuó en gran número de montañas del país vasco y de toda la corcillera pirenaica, consiguiendo de ese modo que la práctica de ascender a las cumbres no fuese anulada en su aspecto religioso, sino más bien quedara centrada, mediante rogativas y procesiones, en la devoción de la Cruz.

2. Las cadenas de Aralar

La diferencia que se da entre el dios bélico y el dios celeste, es que mientras el primero interviene en las contiendas humanas por medio de procedimientos guerreros, el otro consigue cegar y paralizar a sus enemigos, es decir, a los malos, ligándolos o atándolos para redu-

cirlos a la impotencia. Trátese de Urano, Odin, Júpiter o Varuna, el influjo de toda divinidad celeste se manifiesta como algo propio de todo señor y soberano, a saber, dominando a los que quiere perjudicar, sin lucha abierta ni batallas aparatosas.

El simbolismo de la ligazón y atadura se atribuye a las divinidades uránicas debido a su omnipotencia y omnisciencia, que se expresan a través de sus mil ojos —las estrellas del cielo—, gracias a los cuales lo escudriñan y dominan todo.

Para los hindúes, es Varuna quien lanza los lazos de la enfermedad y de la muerte, valiéndose de esas calamidades para castigar a los culpables de faltas graves. A veces son los seres infernales quienes tienden esas redes tan perjudiciales a los hombres. En este último caso conviene presentarse ante la divinidad superior en actitud de sumisión y vasallaje, cosa que, según Tácito, hacía el pueblo germánico de los Semnones, los cuales nunca asistían a sus grandes festividades religiosas sino después de haberse atado sus miembros (*nemo nisi vinculo ligatus ingreditur*). Algunos pueblos caucásicos emplean cadenas en sus ritos, a fin de expresar de ese modo su dependencia total ante la soberanía de la divinidad celeste.

En ciertos casos, son los demonios y las brujas quienes ligan y atan a los mortales con enfermedades y calamidades, de las cuales sólo cabe liberarse recurriendo a la protección de las divinidades superiores. Los habitantes de Babilonia invocaban a Marduk para verse libres de ciertas epidemias como la peste, obra de genios perversos que se ensañan periódicamente con el género humano. En el poema babilónico de la Creación, vemos que Marduk consigue encadenar y atar al monstruo marino Tiamat, así como a ciertos dioses que se habían aliado con el monstruo; en ese poema, que lleva por título *Enuma Elish*, se dice que todos ellos fueron metidos en redes, sujetos en nasas e inutilizados en el interior de unas cavernas.

En la literatura bíblica también se recurre al simbolismo de los lazos para poner en evidencia el poderío de Yavé. Job no teme afirmar que es Dios quien le ha asolado y ha extendido sus redes en torno a su persona. En Samuel, Ezequiel y los Salmos podrían hallarse textos que expresan sentimientos e imágenes semejantes.

Esa manera de entender las cosas no es extraña a nuestra mentalidad contemporánea, ya que nos valemos corrientemente de la metáfora del hilo de la vida para expresar ese discurrir de los días que tan prosaicamente se suceden y alargan, como una cuerda o un hilo que en cualquier momento puede romperse. Para Homero son las diosas del

destino, las Parcas, quienes tejen el hilo de cada vida humana, la cual se halla predeterminada por lo que las hilanderas míticas colocan en su huso en el momento en que cada hombre viene a este mundo. No deja de tener interés el hecho de que en euskera el hilo —*ari, aria*— y el verbo hacer —*ari*— se expresan por el mismo vocablo.

Ya en el terreno meramente folklórico, nos encontramos con las famosas cadenas de Teodosio que se veneran en el santuario de Aralar, el cual se halla en una de las cumbres más altas de nuestro país y que, por las leyendas que le rodean y el fervor que ha merecido de parte de todo el pueblo navarro, nos induce a creer que refleja un tipo de ideas no extrañas a las que hemos expuesto en las líneas precedentes. La presencia del orificio de una sima en el interior de la primitiva capilla, la intervención de un dragón o *erensuge*, el culto supersticioso que merecen las cadenas, la disposición del santuario en un alto lugar sagrado muy cerca del firmamento, morada de Oste o Urzi, divinidad celeste que recibía culto y honor en la cima de los montes, todo ello parece indicar que la idea del dios-ligador, el que encadena y manifiesta por ahí su plena soberanía sobre todo el orden creado, quedó plasmada en las alturas de Aralar, bajo la influencia de la religiosidad de los pueblos más antiguos de Europa.

En el marco cristiano, el dragón se identificó con el mismo demonio, Oste o Urzi cedió el paso a San Miguel, las cadenas que sujetaban al genio del mal, y deshacían los daños provocados por él, fueron atribuidas al penitente Teodosio. La eficacia de esas cadenas para remediar los males se limitó, andando el tiempo, a los dolores de cabeza, que hoy todavía se curan haciendo dar tres vueltas a ellas alrededor del cráneo del paciente.

3. La era de los gigantes

La idea de que anteriormente a la humanidad actual existió una raza de gigantes, pertenece a las tradiciones de todos los pueblos. De la sangre derramada por Urano en su lucha con Crono, surgieron los gigantes griegos, algunos de ellos con cien manos; otros con un solo ojo, los Cíclopes, fundadores de las artes metalúrgicas. El último de los gigantes, Tifeo, fue sepultado bajo el Etna y a sus movimientos se deben las erupciones del volcán. Prometeo y Hércules también pertenecían a la categoría de superhombres y de héroes civilizadores. De la unión de Urano con Gea, la Tierra, nacieron los Titanes, pero fueron precipitados al Tártaro por su progenitor, por temor a ser destronado por sus vástagos.

En diversos lugares de la Biblia se habla también de los gigantes

que, según Baruc, se hallaban en los orígenes de la humanidad. Tenían un poderío absoluto sobre todos los seres inferiores, pero, debido a su mal comportamiento, fueron exterminados por la justicia divina y se vieron sustituidos por los hombres actuales: «Allí estaban los gigantes desde el principio, de talla enorme, expertos en la guerra. Dios no los eligió por no haber seguido la vía de la disciplina, y así perecieron.»

Los reyes de la antigüedad eran considerados como gigantes. Al invadir Palestina, los hebreos se encontraron con ejércitos formados por hombres de su misma talla, pero dirigidos por jefes de estatura descomunal. El folklore universal atribuye en todas partes a la realeza una corpulencia enorme, de manera que al aparecer en medio de sus ejércitos ante las tropas enemigas, éstas se sintiesen sobrecogidas de espanto. A esa idea arcaica responde el hecho de que, en plena Edad Media, se recurriese a la figura del Cid, una vez muerto, para enfrentarla a las huestes que preparaban el asalto de la ciudad de Valencia.

A esas tendencias se debe el que, en honor de los reyes divinizados, o también para honrar a los mismos dioses, se hayan erigido monumentos ciclópeos, como las pirámides de Egipto, las montañas artificiales de Babilonia, etc. En plena cordillera de los Andes, a cuatro mil metros de altitud, existen ruinas monumentales, cerca del lago Titicaca, en el lugar denominado Tiahuanaco. Algunos monolitos, con sus tres metros de altura y un peso de nueve toneladas, fueron rebasados por la estatua de una divinidad, de ocho metros de altura y veinte toneladas de peso, que hoy se halla en el museo de La Paz. Obra ciclópea de carácter abstracto es la estatua denominada El Fraile, existente en esos parajes andinos. Sus ojos son unos círculos; la nariz, una pirámide; la frente, un rectángulo; el perfil es un perfecto fragmento de elipse; con una línea recta para la nuca.

Los indígenas de Nueva Guinea continúan actualmente erigiendo megalitos de los que un arqueólogo inglés, John Layard, ha dado cuenta en su obra *Stonemen of Kalakua*. Hay monolitos que tienen hasta diez metros de altura, erigidos para honrar a los antepasados que, según cree la gente, moran en esas piedras, las cuales suelen ser torpemente esculpidas, para que los espíritus puedan reconocerlas como su propia morada.

Algunos dólmenes de nuestro país, como el de Eguilaz, en Alava, revisten grandes proporciones, y en más de una ocasión el dolmen recibe el nombre de *Jentil-arria*, la piedra de los Gentiles, personajes míticos, verdaderos colosos, capaces de transportar las mayores rocas de nuestros montes. Esos personajes fueron los que descubrieron las primeras formas de civilización, como el cultivo del trigo y la fabricación

del pan, y con diversas estratagemas nuestros remotos antepasados consiguieron arrancarles el secreto de sus conocimientos. Del último de los Gentiles se dice que luchó con sus huestes en la cumbre del monte Arnaga frente a un ejército invasor, contra el cual, a pesar de su fortaleza, él no pudo nada. Para perpetuar su memoria se erigió un dolmen o *trego-arri* en la ladera del monte de Arrasta.

También Rolando hace figura de gigante en nuestra mitología, pero un gigante mucho más fuerte que el mismo Goliath, ya que con su espada conseguía abrir brechas en las mismas rocas, del tamaño de la que puede verse en el Pas de Roland, en Itxasu. En cierta ocasión, al ver que llegaba un ejército de moros, no sabiendo cómo defenderse, agarró la cima de un enorme picacho, lo lanzó contra sus enemigos, a los cuales arrojó al mar, y lo que quedaba del monte se convirtió en las cumbres de Echebarre y Lakarry, en las inmediaciones de nuestro magnífico Orhy.

Inspirándose en las ideas de Hoerbiger, el antropólogo francés Denis Saurat pretende dar fe de las creencias populares acerca de los gigantes prehistóricos. Partiendo de la premisa de que ciertos animales fósiles del secundario tenían dimensiones enormes y, también, de que los primeros mamíferos, como los mamuts, eran de talla y peso muy elevados, establece que la primera humanidad estaba integrada por gigantes, cosa que parecen confirmar las mandíbulas halladas en Java, en Mauer y otros restos humanos descubiertos en Transvaal y la China del Sur. Los discípulos de Hoerbiger colocan a esos gigantes en el origen de la humanidad, dotados de una superioridad mental y unas condiciones de existencia propias de la Edad de Oro. Luego, por degeneración, habrían surgidos otros seres humanos más decrepitos y salvajes, hasta verse obligados, por la fuerza de las cosas, a iniciar un nuevo movimiento ascendente hacia formas superiores de civilización.

Los hombres de ciencia no niegan que hayan existido razas humanas bastante mayores que el hombre actual, mas no por ello admiten que descendamos de unos Titanes primitivos. Se cree más bien que simultáneamente pudieron existir un prehomínido de un metro cincuenta a un metro ochenta y un coloso antropomorfo de cuatro o cinco metros. Estos gigantes, menos resistentes y menos capacitados, fueron desapareciendo ante el desarrollo creciente del hombre actual. Los partidarios del Abominable Hombre de las Nieves creen que viene a ser un superviviente del Meganthropo, en algunas cavernas inexploradas de la más alta montaña del mundo...

4. La edad de oro

El ser humano se ha entregado fácilmente a los ensueños, creando modos de pensar gratos para la imaginación. Uno de esos mitos ha sido el de la Edad de Oro, en la cual todos los seres vivientes podían desenvolverse en un mundo idílico, muy lejos de los contratiempos, sinsabores y dolores, propios de la humanidad actual.

Dice Virgilio que en aquella época feliz reinaba en los cielos y la tierra el dios Saturno, hasta que su hijo Júpiter, valiéndose de sus mejores aliados, los Titanes, se alzó contra su padre y le venció. Pero se sabe que esa victoria no fue definitiva, debido a que las edades se suceden como las estaciones en el año. De ahí que el poeta sueñe con otra Edad de Oro que sería inaugurada por un niño nacido de una Virgen, gracias al cual volverán los meses del Año grande. Entonces los héroes podrán convivir con los dioses, y el mundo será gobernado por virtudes pacíficas; la tierra producirá frutos de las mejores especies, sin cultivos de ninguna clase; el labrador desuncirá los bueyes y desaparecerán las hierbas falaces, así como las culebras venenosas; el navegante no tendrá que exponerse a los peligros del mar, porque todo se producirá en todas partes. El retoño de los dioses ha ordenado ya a las Parcas que se apresuren a hilar esos siglos de vida venturosa, y tanto la bóveda celeste como la tierra y la profundidad de los abismos, rebosan de alegría. En su entusiasmo, Virgilio no duda de ser testigo de esa nueva era, a fin de competir con Orfeo, y el mismo Pan, en los cantos que celebren la magnitud de los acontecimientos.

Raro ha sido el escritor de la antigüedad que no haya tratado de dar forma mental a las aspiraciones humanas que, en todas las latitudes, han soñado con una situación social tranquila y pacificada. Los profetas de Israel se complacían en atisbar una nueva tierra en que el hierro no serviría ya para fabricar armas, sino más bien rejas de arado. Al margen de toda mitología, centrando su visión en los valores morales más universales, Isaías anuncia un mundo totalmente renovado en que los pueblos conseguirán reconciliarse y unirse gracias al testimonio de un vástago que retoñará de las raíces del árbol de Jesé y cuyos juicios coincidirán plenamente con la voluntad de Dios. Entonces la mano del Señor redimirá a su pueblo y a todas las gentes. Como bandada de palomas acudirán todos los pueblos, abriendo la marcha los navíos de Tarsis que traerán oro y plata para contribuir al embellecimiento de la ciudad y del templo de la Sión del Santo de Yavé.

Para los sabios de Mesopotamia, el Año grande equivale al período después del cual todos los astros, incluso el sol y la luna, vuelven a sus

posiciones respectivas. A los caldeos se debe el encasillamiento de los meses lunares en la marcha anual del sol, así como el conocimiento de Saros, es decir, un período de 233 lunaciones, después de las cuales los eclipses vuelven con los mismos intervalos. De esos conocimientos surgió la mentalidad astrológica que atribuye una importancia decisiva a la marcha de los astros sobre el destino de cada hombre y de cada generación.

El mito germánico del crepúsculo de los dioses (*Goetterdaemmerung*), como consecuencia de la muerte de Balder, el hijo preferido de Odin, se halla enlazado con la idea de una nueva Edad de Oro, ya que el retorno a la vida de Balder se acompañará de una resurrección de todos los dioses que volverán a reunirse, para escuchar los oráculos del dios supremo, en el Walhalla. El filósofo Nietzsche se inspiró en ese fondo mitológico para establecer su teoría del retorno eterno, como si en el Universo todo estuviese sometido a una ley de repetición constante en largos períodos de tiempo en que vuelve a reaparecer lo que existió ya.

Las tradiciones vascas conservan también la añoranza de unos tiempos en que en todas partes reinaba una paz tan completa que los animales se comunicaban con los hombres, de la manera más natural. No había plantas venenosas y todas se prestaban, por su propia iniciativa, a los deseos humanos; lo mismo ocurría con los árboles que, sin la intervención del esfuerzo del hombre, se convertían en leña para dar vida y alegría a los hogares. El musgo se encargó de echarlo todo a perder, lo mismo que el muérdago en la mitología germánica. Las consecuencias fueron muy graves, ya que los seres inferiores no quisieron ya más entenderse con los hombres, y éstos llegaron a enemistarse entre sí.

5. Metamorfosis

Una de las cosas que más llama la atención en el estudio del desarrollo mental humano, es la facilidad con que nuestros mayores aceptaban el hecho de la transformación del hombre en animales de diferentes especies: gatos, perros, pájaros, osos, lobos, etc. Sería un error el creer que solamente a las brujas se les atribuye esa facultad, ya que incluso las almas de los antepasados pueden presentarse bajo un aspecto animal, sobre todo canino, en las encrucijadas.

Para comprender esa forma mental hay que tener presente el principio enunciado por William James, a saber, que por la imitación consciente de las actitudes físicas que acompañan a ciertos estados mentales, podemos dar nacimiento a esos estados en nuestro ánimo. Todos

los juegos de los niños de corta edad, así como el arte escénico, descansan en ese principio que permite al ser humano encarnar personajes totalmente diferentes de su individualidad.

Si nos fijamos en el primitivo, veremos que, para él, el hecho de vestirse con pieles de animales era lo mismo que convertirse en el animal cuya piel utilizaba para disfrazarse; sus gestos y su comportamiento general resultaban idénticos a los del ser inferior con el cual pretendía identificarse. De ahí que el disfraz, en sus orígenes, no fuese un simple pasatiempo, sino la manera de congraciarse con alguna especie animal que, por razones totémicas o simplemente económicas, interesaba de un modo especial.

Todos sabemos que en ciertas tribus atrasadas de Africa existen sociedades secretas de hombres-panteras, los cuales tienen la costumbre de internarse en la selva para atacar con la mayor fiera a la primera que se presenta. Ese fenómeno de magia criminal se ha dado en casi todos los pueblos. Tácito habla de los hombres-osos que en su tiempo existían en los pueblos nórdicos de Europa, los famosos *berserkir*, guerreros con disfraz de oso, que se entregaban a la lucha con toda la fiera de un animal salvaje. Dominados por una especie de frenesí sádico, destrozaban y mordían a sus enemigos como si fuesen auténticas bestias salvajes, presentándose a la lucha sin coraza y jugándose la vida nada más que por el gusto de dar rienda suelta a la más extremada crueldad. De ellos dice Tácito que ni siquiera en tiempos de paz hacen dejación de sus malos instintos (*ne in pace quidem cultu mitiore mansuescunt*).

Un gran conocedor de la cultura indoeuropea, Georges Dumézil, dice que en las sociedades atrasadas la «forma exterior» es considerada como el elemento más determinante de la personalidad y que la palabra nórdica *harm*, que tiene su equivalente en alemán antiguo, significa a la vez vestimenta, forma externa y espíritu encarnado en un individuo. El *berserkir*, el hombre-oso, lo mismo que el *ulfhednar*, el hombre-lobo, se creían dominados por el *harm* en los momentos en que, entregados a un estado segundo, sentían bullir en sus adentros ansias incontenibles de arremeter contra sus semejantes.

Lo corriente era que en esas sociedades de hombres-bestias predominaran los elementos jóvenes, entregados a la fantasía, el tumulto y la violencia. Podríamos decir que se trataba de los «blousons noirs» de la Europa precristiana. En Grecia, los centauros, y en el Irán los *gandharva*, eran también sociedades de jóvenes cuyas hazañas encajaban en la categoría de la bestialidad. En Roma subsistió la costumbre salvaje de la carrera de los Lupercos, mitad hombres, mitad carneros,

dominados por la mística de la «celeritas», contrapuesta al sentido de la «gravitas», que es lo que hace posible y agradable la vida entre los hombres.

Es posible que en la fiera de los antiguos cántabros, así como en el ambiente del bandolerismo ibérico, que desempeñó un papel tan importante en lucha contra las huestes romanas, existiesen sociedades guerreras semejantes a las de los pueblos nórdicos. Lo cierto es que los legionarios romanos temían a nuestros guerrilleros tanto o más que a los germanos y todos hicieron su testamento antes de emprender la lucha final en lo más abrupto de nuestro suelo.

Ha existido otro aspecto, más interesante y humano, de la idea de la metamorfosis en el terreno de la magia blanca, en el indumento del chamán que, al hacerle cambiar de condición y concederle facultades muy especiales, promovía en él el cumplimiento de una misión favorable a sus semejantes.

6. Árboles y pilares sagrados

Dice Jenofonte que en los tiempos en que no había altares ni templos, los hombres rendían culto a ciertos pilares y troncos de árboles como lugares donde residían los genios ancestrales. Es frecuente que ciertas piedras erigidas en lugares de enterramiento vayan asociadas al culto de los antepasados; esas piedras, según D. J. Wölfel, eran consideradas como soportes del alma de los difuntos. Es muy posible que los menhires respondieran a esa idea, así como los cromlechs que abundan en casi todo el Occidente europeo. Tampoco era raro que existieran en las sepulturas ciertos montones de piedras sobre los cuales se efectuaban sacrificios catárticos. El mito de Hermes surgió del *hermax*, *hermaion* griego, conjunto de piedras que servían de altar para los sacrificios en honor de los muertos.

También ciertos pilares eran considerados como residencia de las grandes divinidades. En el ambiente semítico era corriente alzar tales piedras que recibían el nombre de *bethel* (*beth*, residencia, *el*, divinidad). El culto de Apolo se perpetuó, en Grecia, a través de ciertas piedras labradas, como la de Apolo Karinos, en Megara, o la de Apolo Litherios, en Male. De gran fama era el *omphalos* de Delfos, de forma cónica, flanqueado de dos águilas de oro y cubierto de una red de lana. También en Delfos se honraba la piedra de Cronos que se rociaba diariamente con aceite y se cubría con lana. En Achaia era costumbre labrar piedras cuadrangulares que llevaban nombres de divinidades.

El árbol, o simplemente un tronco o un poste, fue objeto de culto,

incluso en pueblos avanzados como Grecia, según puede verse en los grabados de ciertos anillos existentes en los museos de Atenas y Candia, en los cuales aparecen mujeres haciendo ofrendas y libaciones en actitud adorante y tocando al árbol con una de sus manos. La encina de Dodona era residencia de Zeus, lo mismo que el árbol de Roma lo era de Júpiter. Arbustos como el laurel, el olivo, la palmera y el mirto fueron albergues de divinidades olímpicas o de simples héroes como Penteo. Helena y Menelao. Era frecuente que junto al patio de una vivienda existiera un árbol que simbolizara la presencia de los antepasados y se le hicieran ofrendas y sacrificios.

En las creencias hindúes vemos que ciertos espíritus denominados *yaksas*, elegían domicilio en un árbol, muchas veces en una higuera que es el árbol sagrado de la India y del cual no cabe arrancar una sola hoja. La palabra hindú *caitya* significa a la vez árbol sagrado, pilar funerario, tumba, lugar de culto, santuario y templo. El dios del clan se mantiene en el paisaje habitual fijándose en un árbol, al clan se le dirigen invocaciones para conocer éxito en los remedios contra las enfermedades, en las cosechas, la lucha contra los insectos y demás calamidades. Muchas capillas fueron construidas en lugares donde se hallaban árboles que eran residencia de los *uji-gami*, dioses de la tribu, del clan o de la familia.

En lo que a las antiguas creencias euskaro-pirenaicas se refiere, en opinión de Raymond Lizop, anteriormente a la venida de los romanos, no hubo, en nuestras zonas, templos dedicados a los dioses, ya que los altares votivos hallados demuestran que esos monumentos fueron erigidos en plena campiña, a cielo descubierto, las más de las veces a los genios locales o tópicos. Puede admitirse que los recintos fortificados cumplieran, al mismo tiempo, la misión de recintos sagrados donde los genios protectores de los poblados recibían los honores y culto a que eran acreedores. Pero generalmente en altos lugares, cumbres de collados o cimas de montes, y también junto a ciertas rocas, pilares y árboles sagrados. Muchos de los monumentos dedicados a Abellio, Leheren, Erge, etc., fueron hallados en altos lugares a donde acudía la gente en ocasiones señaladas a implorar protección para su personas y bienes.

Todavía en nuestros días, al pasar delante de ciertos sitios, la gente conserva la costumbre de detenerse un momento para hacer una breve oración y ofrecer una rama de árbol a la piedra o piedras que no siempre corresponden a una antigua sepultura, dolmen o cromlech. Grandes recintos rodeados de monolitos que, como el del monte Arrouy, alcanza los 433 metros de circunferencia, venían a ser lugares de reuniones político-religiosas para los poblados del contorno. Además, cabe

admitir que tales lugares no estuvieron siempre rodeados de piedras, sino que en muchos caoss unos árboles o simples troncos o ramajes sirvieran para delimitar el lugar sagrado donde nuestros antepasados recurrían a las fuerzas superiores para alcanzar los beneficios que de ellas esperaban.

En la llanada alavesa es corriente el que junto a los manantiales existan pilares que a veces alcanzan hasta los dos metros de altura. En general tienen dimensiones más reducidas y en ciertos casos llevan signos cristianos, el de la cruz o una imagen de la Purísima, como puede verse cerca de los dos manantiales que se hallan en las inmecciones del antiguo beatorio de Sallurtegui, a donde los fieles de Salvatierra, de Alava, acudían en rogativas siempre que alguna necesidad pública lo imperase. El hecho de que la iglesia de Arrechinaga, cerca de Marquina, se construyera encima de dos bloques enormes de piedra, hace ver hasta qué punto el culto de las piedras se hallaba enraizado en el fervor popular en tiempos en que se implantó el cristianismo en nuestro ambiente.

7. El nombre

En vascuence, el nombre, *-izen-* y el ser *-izan-* se designan de una manera casi semejante. No puede interpretarse ese hecho como una simple coincidencia, si se tiene presente que el nombre ha sido considerado como algo esencial a los seres y a las cosas, a la vez que un medio de acción y de posesión.

El Génesis nos dice que en el origen de todas las cosas se halla la palabra de Dios, primero para crear, y luego para dar un nombre a las realidades creadas: El Señor dijo: sea la luz; y a la luz llamó día, y a las tinieblas, noche. Después dijo: haya firmamento..., y llamó al firmamento cielo. Las aguas, las semillas, los árboles, las estrellas, todo fue obra de la palabra divina, incluso el hombre cuando el Señor dijo: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza. Luego Dios vió que todo lo creado era bueno. También nuestro primer padre, por mandato divino, tuvo que dar un nombre a cada cosa y a cada ser viviente. Más de un apologista de nuestra vieja lengua sostuvo que esos nombres paradisiacos eran vascos...

Si no se concibe que cada ser o cada cosa no tenga un nombre correspondiente, tampoco es admisible que los nombres existan sin el soporte de otras tantas realidades objetivas. Es la razón por la cual nuestros mayores admitían, sin discusión posible, la existencia de las brujas: el nombre existe, luego tiene forzosamente que existir las «sor-

giñas». Es lo que Azkue oyó decir más de una vez durante sus correrías folklóricas: *Izena duen edozein gauza munduan arkitzen da. Sorgiñak ere izena dutelako, egiazko izatea daukate*. El adagio latino: *nomina, numina*, evoca creencias conducentes a identificar el nombre con la cosa, sobre todo cuando se trata de seres pertenecientes al mundo de la imaginación.

La fe en los sortilegios y encantamientos descansa en la capacidad evocadora de la palabra humana que, al pronunciar un nombre, hace presente la cosa con todas sus consecuencias. Es la razón por la cual nuestros *arrantzales*, estando en el mar, nunca pronunciarán la palabra bruja, lamia, demonio u otra cualquiera relacionada con gentes malignas, convencidos de que la mera pronunciación de la voz atrae y hace presentes las calamidades que son capaces de provocar esos seres indeseables.

El cambio de nombre es de ley en los ritos de iniciación, por lo mismo que al pertenecer a un nuevo grupo social se adquiere otra personalidad. Esa misma costumbre se practica en ciertas órdenes religiosas, para indicar que el que ingresa en una de ellas muere al mundo y nace a la vida espiritual.

Por razones muy especiales, el cambio de nombre de pila por otro muy distinto ha sido corriente en nuestro ambiente y he podido comprobar que continúa practicándose en ciertas zonas de Gascuña, como la Chalosse, país clásico del «foie gras» y otras cosas buenas. Por ejemplo, a una persona que la habían bautizado con el nombre de María se la conocía por el de Clarise, y no es que tuviera dos nombres, porque de haberlos tenido, le hubieran aplicado otro completamente distinto.

En un estudio dedicado a la civilización caldea por G. Contenau, puede verse que esa costumbre era corriente en la antigüedad, debido al temor de los sortilegios y encantamientos. Conocer el nombre de una persona, es tener la posibilidad de actuar, en mal o en bien, sobre ella. Para evitar ese inconveniente, la solución estriba en otorgar dos nombres distintos al niño, el verdadero, que no se utilizará, y otro, de uso corriente, completamente ficticio.

En Egipto también estuvo de moda el dar dos nombres a una criatura de corta edad, según se ve en una de las estelas del gran sacerdote del dios Ptah, de la época ptolemaica, al señalar que a un recién nacido se le dio el nombre de Imhotep, pero se le llamaba Petubast.

Los dioses también llevaban un nombre escondido, y aunque fuese conocido, no debía ser pronunciado. De ahí el empleo de perifrasis como

«Maestro del suelo», «Señor del día», «Maestro del saber», etc. Es posible que nuestra manera euskérica de designar a la Divinidad como «Señor de las alturas» corresponda al procedimiento de respetar el carácter inefable del Creador, cual ocurría también entre los hebreos.

De la diosa egipcia Isis se dice que originariamente era una simple hechicera, pero que habiendo conseguido que el Sol le comunicara su verdadero nombre, se convirtió a su vez en deidad.

Los objetos considerados como sagrados, puertas de las ciudades, templos, estatuas, campanas, etc., tenían nombres reveladores de la importancia que se les reconocía. Una de las puertas de Babilonia llevaba esta inscripción: «Que el dios Adad conserve larga vida a la muchedumbre».

S. Alderdi

Tratar de descubrir la complejidad interna que poseían antiguamente ciertas voces que hoy utilizamos sin reconocerles trascendencia alguna, implica un esfuerzo que sólo puede efectuarse a la luz de las enseñanzas de la etnología más actual. Una de esas palabras euskéricas podría ser *alderdi*, que hoy significa simplemente lugar, sitio, lo mismo que *alde*, una porción de espacio que puede ser agradable y hermoso, como *Alderdi-eder*, perfectamente aplicado al lugar más encantador de la costa vasca.

Pero ocurre que la presencia de *erdi*, en *alderdi*, nos induce necesariamente a pensar que expresa el centro de un lugar, que podía ser profano o sagrado. Pues bien, se da el caso muy interesante de que precisamente los lugares sagrados de la antigüedad, fuesen naturales o contruidos por el hombre, eran considerados como centros del orden cósmico. Si las gentes se congregaban en un lugar sagrado —caverna, montaña, altar, templo, palacio o ciudad— lo hacían atraídos por la idea simbólica de un centro cósmico en el cual quedaban enlazados los tres órdenes que se sobreponen desde el mundo inferior hasta los cielos, pasando por el lugar que habitamos, es decir, la superficie de la tierra.

Los pueblos primitivos actuales, sin excluir los pigmeos, conocen el simbolismo del centro, siendo muchas veces el poste o viga central de una habitación familiar la que lleva esa característica. Junto a esa viga es donde se depositan las ofrendas para honrar a las divinidades superiores, con la seguridad de que subirán hasta los cielos. No resulta tan arbitrario homologar la vivienda doméstica con el centro del mundo, sabiendo que la familia es la auténtica célula de todo el organismo

social y que el comportamiento religioso del hombre arcaico, a falta de otras instituciones, se efectuaba en un espacio que no rebasaba el ámbito familiar.

Además de la viga, pilastra o tronco de árbol, el simbolismo de la escalera ha sido utilizado en las creencias de muchos pueblos de la antigüedad para marcar la posible comunicación entre la tierra y el cielo. Jacob, en sueños, veía en una escala subir y bajar, entre el mundo superior y el nuestro, a una legión de ángeles, mensajeros de Dios. En ciertas plegarias brahmánicas se invoca a ciertos árboles pidiéndoles que las ramas de su copa no rasguen el firmamento celeste ni hieran la atmósfera. En todo momento resulta necesario que pueda existir la posibilidad de pasar de un nivel a otro a través de un tronco o una escala ritualmente transformado en eje del mundo.

El altar védico del fuego tenía el valor del mundo en miniatura, es decir que equivalía a un microcosmos, porque en ese fuego se veía una reproducción de la creación del mundo. Por otra parte, el *mandala* hindú viene a ser una serie de círculos trazados sobre la tierra valiéndose de polvo de arroz coloreado; el iniciado debe penetrar en lo más céntrico de esos círculos con el fin de ponerse en contacto con la divinidad y adquirir la impresión, como en un laberinto, de que se halla al margen de todas las fuerzas que le puedan dañar. En las prácticas del yoga el término de *mandala* posee un alcance psicológico, íntimo al hombre, ya que frente a toda posible dispersión y disgregación del espíritu humano, viene a ser una actitud de concentración y de autodefensa.

A nosotros, los occidentales, con nuestra mentalidad empírica, extravertida y hecha de puras abstracciones, nos cuesta comprender cómo ciertas prácticas arcaicas fundamentadas en el simbolismo del centro cósmico hayan podido derivar hacia una disciplina ascética, una sabiduría moral que dista mucho de haber perdido actualidad. De haberse desarrollado nuestra lengua euskérica en un ambiente oriental, donde los valores afectivos y contemplativos se anteponen a toda forma de racionalidad, es posible que la voz *alderdi* hubiera llegado a tener una significación psicológica. Y es que *alde*, *aldi* significa también tiempo, no sólo espacio exterior, sino también duración interna, al igual que *garaya*, *astia*, etc. La noción del espacio — tiempo petrificado — sin la del tiempo dinámico, vital y duradero, no existiría. En el marco de una experiencia semejante a la del *mandala*, *alderdi* hubiera llegado a significar el núcleo de una conciencia temporal y duradera a la cual cada hombre puede acceder, por la fuerza de su voluntad, para adquirir el dominio pleno de su personalidad.

9. Sukarra

En vascuence, el calor febril se expresa por *sukarra*, *sugarra*, voz compuesta que implica *su*, fuego, *garra*, llama. Existe la palabra *bero* para significar el calor, pero denominar la fiebre como si se tratara de un fuego abrasador, es reconocer que el organismo se ve invadido a veces por unas calorías que se hacen sentir tanto como las de la llama.

Esa manera de denominar la fiebre nos conduce a pensar en un fenómeno, propio de los yogis y faquires, que consiste en lanzar llamas por la boca, la nariz y otras partes del cuerpo. Sabido es que una de las características de las sesiones faquiricas es dominar el fuego en todos sus aspectos.

Lo propio de una posición espiritual encumbrada, para muchos pueblos orientales, es despedir un calor excepcional. Las personas que son dueñas de una fuerte dosis de «mana» son considerados por los hindúes como «saka», es decir, abrasadoras. También nosotros hablamos del fuego interior de los santos que centraron su vida en un grado superior de caridad, verdadero volcán de amor. Es indudable que la fuerte tensión espiritual en que viven ciertas almas privilegiadas, se traduce por una forma de energía superior, la cual se expresa en fenómenos considerados como extraordinarios y, en ciertos casos, milagrosos.

Los mahometanos del Pakistán consideran al hombre que hace milagros como *sahib-josh*, significando por *josh*, hirviendo. En la India, a la Suma Divinidad se aplican los epítetos de *prakhar*, calentísima, y *jayal*, abrasadora. Los incas concebían al Dios creador como el Sol del sol, fuente primerísima de toda energía, de la cual brota y surge todo el Universo creado como de un tálamo nupcial, al decir de la Biblia.

Uno de los apelativos de nuestra Maya, divinidad telúrica que domina los cielos, la tierra y las profundidades, es *Sugarra*, lo cual le conviene cuando, con la apariencia de fuego y llama, desfila por el firmamento nocturno en forma de estrella fugaz, meteórica, cometa u otro fenómeno estelar análogo.

Cuando se considera que a más de tres mil metros de altura, en las mismas estribaciones del Himalaya, residen ciertos yogis casi completamente desnudos, resulta inevitable comprobar que efectivamente el calor místico posee auténticos efectos fisiológicos. Una diversión inocente de esa gente consiste en ver quién conseguirá secar mayor número de toallas empapadas en agua helada, con el simple calor que dimana de sus cuerpos.

Nuestros estados anímicos más fuertes son considerados por la mente

humana en función del calor o fuego interior que encierran. Dice Raymond Bloch que la palabra latina que mejor expresa esa tensión interna es *furor*, de *uror*, quemarse. No se trata de un simple resquemor, sino de un estado frenético que permite al hombre sobrepasarse y corresponde a lo que expresan el griego *menos*, el céltico *ferg* y el germánico *wut*. Esa exaltación de todo el orden psíquico solía posesionarse de las tres clases sociales fundamentales, en las circunstancias siguientes: el delirio extático del sacerdote; la embriaguez del labrador para festejar sus fiestas agrícolas, y la furia del guerrero al lanzarse ciegamente contra sus enemigos. Esas facultades, consideradas como otros tantos dones excepcionales, se adquirían gracias a ciertos ritos de iniciación, cuyos elementos se vislumbran en las diferentes mitologías indoeuropeas.

En el vascuence de hoy la palabra *asarre* (*atsa*, aliento, espíritu; *erre*, quemarse) significa tan sólo el hecho de enfadarse; pero cabe admitir que esa voz tuviera antiguamente un alcance más complejo, semejante a lo que revela el *furor* latino. De todos es sabido que el contenido individualista y bastante anárquico del *furor* fue rectificado en Roma mucho antes que en los demás pueblos europeos, debido al régimen de disciplina que llegó a imperar, tanto en la vida del legionario como en la del ciudadano.

Donde se adquiere un grado superior de abrasamiento es en el trance extático del iniciado que persigue poderes fauquéricos extraordinarios. En muchos pueblos atrasados no es raro que, para alcanzar ese estado, se recurra a ciertas plantas narcóticas capaces de producir una embriaguez abrasadora. No es que esos medios provoquen por sí el éxtasis, pero al aumentar el calor interno lo favorecen. Por otra parte, la intoxicación narcótica produce una especie de muerte provisional, condición previa de toda actuación fauquérica.

10. Números místicos

Además del alcance práctico que se ha reconocido a los números, algunos de ellos han tenido una significación mística que hoy todavía, cual acontece con el número trece, parece conservar para cierta clase de gente, propensa a las supersticiones.

Fundándose en los tres órdenes cósmicos, a que se reducía antiguamente la visión del universo, el número tres ha merecido una consideración muy especial, y el número 9, como tres veces tres, ha tenido un gran valor místico para muchos pueblos asiáticos. Nueve son los pedlaños que los Yakutas creen que hay que subir para ofrecer la ofrenda a Aitagon, divinidad que reside en el último cielo. Para los Tátaros,

nueve son los niveles celestes habitados por otros tantos dioses, el primero de los cuales es Bai Ulgan, que reside en el nivel superior. En la mitología mongólica se habla de los nueve hijos de Dios, cuyas residencias corresponden a otras tantas esferas celestes.

A veces el número 33 prevalece en esa visión de la pluralidad de los cielos, a cada uno de los cuales corresponde una divinidad protectora. Este cómputo se da en casos muy limitados y se cree que es debido a una influencia hindú. Entre los Buriatos, el número de dioses es de 99, repartidos entre buenos y malos.

Frente, o al lado, de esa preponderancia del número 9, en cuanto derivación del sentido místico inicial del número 3, conviene señalar que el número 7 también ha conocido un aprecio muy especial. Los Altaicos hablan de siete cielos, lo mismo que los antiguos caldeos, que atribuían un cielo distinto a cada uno de los colores del arco iris. Los servidores o hijos del Señor del cielo supremo pueden ser siete o nueve, según los pueblos. Los Ostiacos disciernen siete dioses distribuidos en otros tantos cielos.

En las prácticas chamánicas de no pocos asiáticos, se impone el número siete como obedeciendo a una consigna de significación mística: siete son las campanillas que llevan sobre su indumentaria, así como los pedazos de carne del animal que les servirá de alimento durante los siete días y noches que dura su residencia en el lugar señalado para adquirir sus facultades sobrehumanas; sus espíritus auxiliares son en número de siete, así como los dedos del guante que les confiere dones muy especiales. El Infierno posee las mismas esferas que el cielo: tres, siete o nueve, según los pueblos, y el chamán es el único personaje que puede trasponer esas esferas, orientándose siempre hacia el Norte que, para la mayoría de los pueblos asiáticos, se identifica con el centro del mundo.

En el folklore vasco aparecen los números tres, siete y nueve, localizados en no pocas supersticiones, así como en la medicina mágica. Se cree que, para embrujarse, basta dar tres vueltas, a las doce de la noche, alrededor de la vivienda familiar, o también en torno a un cementerio o una iglesia. El hecho de que esos tres recintos sirvan para un mismo fin, arranca de los tiempos en que la casa era a la vez templo y lugar de enterramiento para los miembros de una familia.

El rito de adopción en un hogar implica y exige que se den, con el llar doméstico, tres vueltas en torno a la persona o cualquier otro ser viviente que se trata de cobijar en el domicilio familiar. Tres son también las vueltas que se hace dar a la pretendida cadena del penitente

Teodosio de Goñi, en la iglesia de Aralar, alrededor del cráneo de quien padece dolores de cabeza y trata en adelante de evitarlos.

En la excelente monografía dedicada a la «Medicina popular en el País Vasco» por el doctor Ignacio M. Barriola, se ven bastantes remedios en los cuales los números místicos —de un modo especial, los números nueve y siete— desempeñan un papel importante. Por ejemplo, con el fin de conseguir la desaparición de los quistes sebáceos, conviene tomar nueve granos de sal y signar con ellos, otras tantas veces, los quistes, a la vez que se dice: *Gangaillak dira bederatzi; bederatziak+zortzi; zortziak+zazpi; zazpiak+sei; seiak + bost; bostak + lau; lauak+iru; iruak+bi; biak+bat; gangaillak egin dezala zirt-zart*. Esa fórmula debe repetirse durante nueve días seguidos, y cada día, al término de decir-la, hay que arrojar al fuego el grano de sal utilizado.

Para alcanzar la curación de ciertos tumores infecciosos que se forman en el pecho de una madre que amamanta a su criatura, se emplean nueve manojos confeccionados con diversas clases de hierbas, a la vez que se asigna el tumor empleando la fórmula siguiente: *Zingiri sor, zingiri sangre, zingiri Salomon; nik etzaitut ziñatzen, Espiritu Santuaren graziak baizik*. El curandero, a su vez, se signa nueve veces, al comenzar el rezo de los nueve Padrenuestros; finalmente se colocan las hierbas en un cazo lleno de agua hervida y se aplica el vaho a la parte dañada de la enferma.

A la persona que padece de zona, infección cutánea que, se forma alrededor de la cintura, conviene que otra persona que padeció el mismo mal, se la cargue sobre sus espaldas y le haga dar siete vueltas alrededor de una mesa. La magia de las siete vueltas, añadida al flujo que dimana de la persona que aguanta al enfermo, hace que, por ensalmo, desaparezca la enfermedad.

II. Axular, en la leyenda

Siempre ha ocurrido que, al faltar a ciertas creencias su soporte habitual, ellas han conseguido asentarse en nuevas bases, plasmándose a veces en ciertos personajes de relieve social. Un ejemplo palmario lo vemos en el caso del gran escritor euskérico Axular, a quien la leyenda atribuye el mérito de haber descubierto la ciencia infernal, el poder transportarse a su antojo por los aires y el haber subido directamente al cielo, después de su muerte voluntaria.

Las consejas que se refieren a Axular pueden verse en el libro titulado «*Amattoren Uzta*», publicado en Bayona, en 1934, por Mayi Ariztia, distinguida folklorista labortana. Esos relatos le fueron dados a co-

nocer, el año 1925, por Josepe Amorena, anciano de 82 años que los aprendió cuando tenía doce años y estaba de criado en la casa Muttillai-nea, de Sara.

El arcano de la ciencia infernal se decidió Axular a descubrirlo en compañía de dos sacerdotes, uno de Pamplona y el otro de San Sebastián, en un antro cavernoso, teniendo como maestro al mismo demonio. La condición del aprendizaje era que, al finalizar el curso que debía durar un año y un día, el último de los alumnos en salir de la escuela quedase para siempre en poder del maligno. Cuando llegó ese momento, Axular ordenó a sus dos compañeros que salieran antes que él; y cuando vino su turno, al oír la pregunta ritual: *zein zaizte orain nerea?* (¿quién va a ser mío ahora?), contestó de la siguiente manera: *artzak nere gibelegoa* (atrapa al que va detrás de mí). Como no había más que su sombra, el diablo se quedó con ella, más la suela de uno de los zapatos del sacerdote...

En su «Folklore du Pays Basque», Julien Vinson recoge una leyenda del mismo ciclo, pero esta vez la escuela — que también era un antro subterráneo — se hallaba en las inmediaciones de Salamanca, teniendo la especialidad de transmitir la ciencia o el arte de los conjuros. El personaje que consiguió burlar al diablo fue un sacerdote que llegó a ser párroco de Barcus, y no de Sara, como lo fue Axular.

Ese tipo de leyendas perpetúan creencias relacionadas con ciertos ritos de iniciación que tenían lugar en cavernas en las que el iniciado, a través del trance extático, adquiría la posibilidad de seguir un doble itinerario: el que conduce al mundo inferior de las almas sombras, y el que sube a la morada superior de los dioses inmortales. Algunos seres privilegiados tenían la capacidad de establecer esa comunicación entre los tres órdenes cósmicos, y ello gracias a cierta facultad extática que facilitaba la evasión del alma por regiones reservadas a quienes alcanzaban una experiencia iniciática superior. El comportamiento del yogi, equivalente a una técnica de fisiología mística, puede darnos una idea de lo que pudo ser ese esfuerzo de concentración por el cual el iniciado pretendía realizar una unidad superior.

La segunda facultad maravillosa que la leyenda atribuye a Axular es la de poder volar, tanto para comprobar el tiempo que hacía en las alturas pirenaicas, como para salir en defensa del Soberano Pontífice en un momento crucial en que el rey de las tinieblas tramaba la pérdida del jefe de la catolicidad. En un brevísima instante de tiempo se personó Axular, por los aires, en San Pedro de Roma y, valiéndose del signo de la cruz, consiguió deshacer una situación que pudo haber sido fatal para nuestra religión.

Diremos que no solamente las brujas con sus escobas, sino también los adivinos, chamanes, magos, yogis y alquimistas han pretendido poseer la facultad de desplazarse por los aires, no sabemos si valiéndose del fenómeno de la bilocación... Innumerables tradiciones revelan la creencia de que en la edad mítica todos los hombres podían volar. Frazer ha reunido un importante material respecto a la idea del alma bajo el símbolo de un ave voladora. Si los hombres no pueden elevarse en la atmósfera como lo hacían en un tiempo primordial, es porque una falta grave, de carácter ritual, provocó una situación de decadencia que imposibilita toda ascensión.

La tercera conseja atribuida a Axular dice que en un momento señalado por él, esto es, durante la celebración de la misa y en el trance preciso del alzar, fue muerto por un acólito en medio del altar; entonces se presentaron varias aves de distinta especie y no precisamente de buen agüero, pero una paloma blanca consiguió llevar el corazón del sacerdote al cielo. Lógicamente cabe entender que su espíritu en forma de paloma blanca se fue a la morada de los bienaventurados. Como simple ilustración, diremos que en las más arcaicas representaciones del árbol cósmico, el árbol de la vida, tanto en Asia como en Europa, aparecen dos aves posadas sobre sus ramas, simbolizando la posibilidad que tuvieron las gentes, en tiempos remotos, de subir directamente, después de su muerte, hasta los cielos.

BIBLIOGRAFIA

- José Miguel de Barandiarán. *Mitología Vasca*. Madrid, 1960.
- José Miguel de Barandiarán. *El mundo en la mente popular vasca*. Zarauz, 1961.
- Julio Caro Baroja. *Algunos mitos españoles*. Madrid, 1944.
- Resurrección María de Azkue. *Euskal-erriaren Yakintza*. Madrid, 1942.
- Manuel de Lecuona. *Del Oyarzun antigua*. San Sebastián, 1959.
- Luis de Urantz. *Lo que el río vio*. San Sebastián, 1955.
- Ignacio María Barriola. *La medicina popular vasca*. San Sebastián, 1952.
- Julien Vinson. *Le Folklore du Pays Basque*. París, 1884.
- Maiy Ariztia. *Amattoren Uzta*. Bayonne, 1934.
- Raymond Lizop. *Le Comminges et le Couserans avant la domination romaine*. París, 1931.
- Mircea Eliade. *Imágenes y símbolos*. vers, esp. Madrid. 1955.

- Mircea Eliade. *El Chamanismo*. vers. esp. Méjico, 1960.
- A. Ruffat. *La superstición a través de los tiempos*. vers. esp. Madrid, 1962.
- Raymond Bloch. *Les origines de Rome*. París, 1958.
- Fustel de Coulanges. *La cité antique*. París, 1935.
- Charles Autran. *L'épopée hindoue*. París, 1947.
- Charles Autran. *Autour de l'Asie occidentale*. París, 1941.
- G. Contenau. *La civilisation d'Assur et de Babylone*. París, 1937.
- Georges Dumézil. *Mythes et dieux des Germains*. París, 1939.
- Denis Saurat. *La Atlántida*. vers. esp. Barcelona, 1962.
- D. J. Wölfel. *Las religiones de la Europa preindoeuropea*. Tomo primero de *Cristo y las religiones*. vers. esp. Madrid, 1961.